Colección

Educación: Otros lenguajes

Directores de la colección:

Jorge Larrosa
(Universidad de Barcelona, España)

Carlos Skliar
(FLACSO, Área Educación, Buenos Aires, Argentina)

Diseño: Gerardo Miño
Composición: Laura Bono

Edición: Primera. Septiembre de 2013

Tirada: 600 ejemplares

ISBN: 978-84-15295-48-8

Lugar de edición: Buenos Aires, Argentina

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2013, Miño y Dávila srl / © 2013, Pedro Miño

Miño y Dávila srl
Pasaje José M. Giuffra 339
(C1064ADC)
tel-fax: (54 11) 4300-6919
Buenos Aires, Argentina
e-mail producción: produccion@minoydavila.com
e-mail administración: info@minoydavila.com
web: www.minoydavila.com

El maestro inventor. Simón Rodríguez

El maestro inventor. Simón Rodríguez

Walter Omar Kohan

Miño y Dávila
Editores

Agradecimientos

A Gregorio Valera-Villegas agradezco el estímulo permanente, los libros, la hospitalidad y, sobre todo, la amistad genuina.

A Maximiliano Durán, maestro enamorado del maestro, agradezco la alegría y la generosidad por compartir su pasión, nuestra pasión.

Aclaraciones

En la Bibliografía incluyo los textos leídos para escribir este libro. En las notas, cuando no señalo un autor, es porque son obras de Simón Rodríguez. Cuando no explicito el título de la obra es porque se trata de sus obras completas, que cito simplemente por el número de volumen y de página. En el caso de sus cartas, cito el destinatario, la fecha, y el título *Cartas*, seguido del número de página. Cuando el autor de las cartas es Bolívar, lo aclaro. Las referencias completas de estas obras están al final del libro.

En las citas de Rodríguez, mantengo la grafía original de su español.

Índice

Prólogo
Una lectura de Rodríguez en clave Kohan 13

Presentación
Por qué y para qué leer a Simón Rodríguez 19

Los caminos de Simón

1. La historia de Thomas 31

2. Viajar y formar(se): la errancia 39
Los inicios del viajante 39
De viaje por el mundo 47
El retorno a América 52
Un maestro errante 59

3. Ensayar la escuela 65
Escribir después de Thomas 66
Inventamos, como Thomas, o erramos 71
La infancia de niños como Thomas 79

4. Inventar la educación popular 83
La escuela de Thomas 83
Las formas de ser maestro 86
Un trabajo sobre la atención 88
La alegría de enseñar 90
La escuela popular 92
Una escuela de hospitalidad 95

5. La antiescuela: iconoclasia e irreverencia..... 99
Simón Rodríguez y la filosofía 102
Un Sócrates popular..... 104
Una escuela cínica 114
¿Un maestro ignorante o desobediente? 118

Epílogo
Hacer escuela, vida y política con Don Simón... 131

Bibliografía 141

Prólogo

Una lectura de Rodríguez en clave Kohan

Gregorio Valera-Villegas
Profesor de filosofía de la educación de la Universidad Central de Venezuela y de la Universidad Experimental Simón Rodríguez

De Simón Rodríguez pudiésemos decir que es el ensayar como desafío. Una práctica del atreverse a pensar, a imaginar, a soñar sin miedos, sin tapujos, con yerros sí, con éxitos parciales también, muchos fracasos, y, otra vez, de vuelta al camino del ensayo. El ensayo en él es trocha, que se abre y se cierra de continuo, de finitud sin muerte, de inicio, reinicio, para seguir viviendo, para seguir andando hacia un final que es un volver a empezar, un nuevo comienzo.

Rodríguez el trotamundos, el de la errancia eterna, que llega a ser el que se es desde el atreverse a experimentar el pensar, el inventar, valga decir, filosofar y enseñar como expresiones de un maestro y filósofo o un filósofo por maestro. Aquel de la palabra viva, pura irreverencia, pura iconoclasia en el andar, en el hablar, en su praxis política. Palabra a viva voz en su trajinar por Europa, en su viajar de formación; y, más tarde, escrita para dirigirse a las generaciones futuras, acompañada del, irónico e irreverente, permiso a sus contemporáneos, especialmente a aquellos que nunca le comprendieron.

Ese desafío del Samuel Robinson convertido en Rodríguez es aceptado por Walter Kohan, filósofo y pedagogo, para atreverse a pensar, a ensayar tras de él, junto a él y de camino con él. En un ensayar con el ancla en América, en Nuestra América diría Martí años más tarde. Ensayar en

un intento siempre de ser originales, como lo establecía el maestro de Bolívar, porque originales, pregonaba, son todas las cosas en América.

El libro *El maestro inventor. Simón Rodríguez* es una entrega de un acercarse y relacionarse con la vida y la obra del filósofo, que lleva ya varios años. Acercamiento que se volcó en un conocimiento, en una búsqueda para hacer un cuerpo a cuerpo con el Sócrates de Caracas, como así le llamara en su momento, con el Sócrates de Nuestra América, diría yo. Esta obra, pudiera ser calificada, como un estudio más sobre Rodríguez. Sin embargo, también puede afirmarse que tiene sus particularidades volcadas en un experimentar propio, distinto, original. Un Rodríguez en tono y ritmo de Kohan. Un Rodríguez a quien hace hablar y andar de nuevo y va a su zaga para reaprender sus pasos, para interpretarlos en tonos distintos, desde la sapiencia de un intérprete y con el sabor de las musas filosóficas actuales.

El Rodríguez de Kohan toca núcleos del maestro errante para entonar su errancia, su nomadismo, su irreverencia y su perpetua iconoclasia. En este Rodríguez se siente un caminante que se hace y se deshace en proyectos, que reinicia su finitud en su nuevo camino, en empresas educativas liberadoras, populares, valga decir, políticas. Un Rodríguez múltiple, caleidoscópico, que llega, toca y trastoca y luego se marcha; en una eterna búsqueda por formar el hombre nuevo, el nuevo repúblico para las nuevas repúblicas. Un visionario que se abre y se forma en los caminos que hace y transita. Un viajero eterno del tiempo y su circunstancia.

El libro *El maestro inventor* es así biografía, narración y mimesis. Un recorrido del pensar en el contrapunto de lo biográfico sin contagio de crónica de fechas. Una biografía viva que va tejiendo la narración para alcanzar la identidad de un personaje, de un filósofo originalísimo, en la juntura de su escritura y de sus cartas. Aquí no hay fechas que alejen

el personaje, al contrario se trata de narrarlo para hacerlo hablar, para que nos hable, para que nos haga pensar y hacer con él. Y aquí el ejercicio de mimesis es múltiple: desde lo leído del personaje histórico y de ficción en letras de Rumazo González y Uslar Pietri, hasta la mimesis de Kohan que termina convertido y, en alguna medida, convirtiéndonos en su Rodríguez.

El maestro inventor es un ensayo sobre ensayo. Un pensar que ensaya como único camino para poder interpretar la obra de Rodríguez. Ensayo sobre ensayo, capa tras capa para dar cuerpo a una urdimbre para poder caracterizar un maestro inventor. Si el Joseph Jacotot de Rancière es maestro ignorante, el Rodríguez de Kohan es maestro inventor, inventionero, que hace porque su destino es inventar, su vocación es ensayar y errar, su desafío es el atreverse siempre a inventar a pesar del errar, del fracasar. El atreverse a imaginar, contra todo pronóstico, unas sociedades americanas otras. Y allí la escuela mixta y antirracista, la escuela de los más pobres, de los negados, más allá la educación popular, y, a la vuelta, el reto de formar los nuevos ciudadanos, los nuevos repúblicos para las repúblicas americanas en nacimiento. Y el ensayar la obra escrita filosófica, pedagógica y política, junto al responder a las urgencias de entender los cataclismos naturales desde su pensamiento científico.

El Rodríguez de Kohan es el errante que hace del pensar un proyecto inacabado. Y así vida y obra son interpretadas desde las notas de un pensar que comienza siempre, que nace y renace siempre, que finaliza cuando empieza un nuevo ensayo, que finaliza y empieza cuando en cada error se da inicio a un nuevo invento.

Caminos de ida y vuelta, ensayos que se recrean constantemente en ejercicios de finitud. Errancia a sabiendas de lo que no se tiene, de lo que no hay certeza, del error que hace inventar, que hace soñar de camino a Nuestra América.

Presentación

La instrucción pública, en el siglo 19, pide mucha
filosofía:
"El interés general está clamando por una REFORMA",
y… la América!!
está llamada, por las circunstancias, a emprenderla.
Atrevida paradoja parecerá…
no importa:
los acontecimientos irán probando que es una verdad muy obvia:
la América no debe imitar servilmente, sino ser ORIGINAL.

Simón Rodríguez
(I, p. 234)

Por qué y para qué leer a Simón Rodríguez

Este es un libro de educación y de vida. Es un ensayo sobre una vida educadora. Sobre la educación entendida como un viaje a través de la vida. Sobre el viajar en nombre de la educación, para cambiar el mundo de la vida. Sobre la vida que educa educándose a sí misma, hecha viaje de sí misma y de otras, atenta a otras vidas, en busca de vidas otras.

Escribir es afirmar una vida, porque siempre hay una vida afirmada (y muchas otras negadas) atravesando una escritura, sea cual fuere su tema y propósito. No hay cómo escindir la vida de la escritura. Cuando, como en este caso, una vida se vuelve objeto de la escritura, cuando escribimos sobre una vida en sentido estricto, sobre la vida de un ser humano, entonces la afirmamos doblemente, en la vida que aparece escrita y en la vida recreada por el propio escribir, en la vida de ese hombre que se hace carne en las palabras dos veces, en su movimiento vital y en la vida que esas palabras alcanzan en cada gesto de escritura y de lectura que generan. Para decir de otro modo esta doble dimensión: la vida está tanto en lo vivido que se afirma por escrito, cuanto en lo que ella mueve al ser escrita y leída, lo que de ella da fuerza y sentido a la escritura y a la lectura. En ese doble movimiento, que se vuelve en verdad múltiple, entre vida,

escritura y lectura, escribimos y nos escribimos a partir de una vida, a través de una vida que nos atraviesa en muchos sentidos.

De modo que no escribimos para demostrar la verdad de una historia, para defender ideas o conceptos, para rendir homenajes o tributos secos, ni para consagrar pensamientos, aunque algo de todas estas cosas pueda también habitar esta escritura. No nos interesa la palabra disociada del movimiento vital que la pronuncia y la transporta allí donde no parecen estar instaladas las condiciones para escucharla. Importa la palabra en el movimiento múltiple de la vida, la escritura y la lectura, en lo que ella trae y genera desde una vida vivida enteramente a las vidas por vivir a partir de las lecturas de esa vida hecha palabras. Para eso escribimos, por eso estamos escribiendo, para afirmar y generar vidas.

Nótese que hemos escrito "la vida de un ser humano" y no la de un filósofo, educador, intelectual, o tantas otras cosas con las que podríamos calificar una vida tan extraordinaria y fértil, como la de don Simón Rodríguez. Decimos "ser humano" porque queremos justamente evitar los modos específicos de profesión para encontrar esa vida lo más desnuda y entera posible. Es cierto, da un poco de escozor hacerlo, tratándose de aquel que fue llamado "el Sócrates de Caracas",[1] por Bolívar, su discípulo más célebre. Con todo, no sólo genera escozor sino una tentación muy grande, en especial por la fuerza extraordinaria que emana de una vida quijotesca, apasionada y apasionante, dedicada a problemas, quien sabe, comunes, y por lo que esa vida puede entregarnos para pensar las vidas presentes en esta tierra compartida y común. Resulta fascinante esa vida por la coherencia,

1. Carta de Bolívar a Santander, desde Pallasca, 8 de diciembre de 1823. In: *Cartas*, p. 117. Veremos con más detalle la relación entre Bolívar y Rodríguez en el capítulo V de este libro.

intensidad y plenitud con que fue vivida. Como también lo es su escritura envolvente, llamativa, irreverente.

Sin embargo, es preciso hacer alguna aclaración. No espere el lector un trabajo historiográfico en los cánones de la hermenéutica académica cada vez más copiosa en relación con nuestro personaje. No nos anima dar cuenta de una biografía de Simón Rodríguez, trabajo difícil, necesario, polémico, sobre el que hay una abundante y rica bibliografía ya producida, que sólo en parte incluimos en las referencias bibliográficas. Hemos leído bastantes trabajos sobre don Simón pero no estamos preocupados en defender una interpretación contra otras, en mostrar la supuesta insuficiencia de determinada lectura o la necesidad de reparar en cierta línea de exégesis. Ni siquiera pretendemos reponer las ideas principales de este autor, su contribución teórica, su línea de pensamiento. No se trata de interpretar, de decir lo que Rodríguez verdaderamente habría pensado sobre la vida, la educación, la filosofía, o sobre cualquier otra cosa. Claro que tomaremos muchas referencias de su obra pero lo haremos para pensar junto a un personaje conceptual, para buscar inspiración en una vida llena de pensamiento, para tratar de sentir la transpiración de una experiencia de errancia, inquietud, irreverencia, originalidad, en nuestra busca de sentido para una vida que queremos vivir en la educación y la filosofía. Buscaremos pensar con Simón Rodríguez una forma de reunir la filosofía, la educación y la vida. Lo que intentaremos es, sobre todo, ensayar, ensayar en la escritura, ensayar en la vida y en el pensamiento, como quería don Simón Rodríguez. Viajar en el pensamiento, como él tanto viajó, en el pensamiento y en la vida. Será entonces un escrito rodrigueciano en este preciso sentido: lo que da sentido a esta escritura es, tal vez y con el perdón de la pretensión, lo que daba sentido a la escritura de don Simón Rodríguez.

Como dice mi amigo Gregorio Valera-Villegas –el principal impulsor, promotor y animador de esta escritura–, siguiendo a otro fabulador, el venezolano Francisco Herrera Luque, este es un ejercicio de historia fabulada. Quiero decir, un ejercicio para decir lo que la historiografía no dijo o ocultó… o para ser menos pretencioso, un ensayo que pretende destacar lo que se ha dicho muy rápidamente o al pasar, en otro contexto, en un juego de escritura diferente, para simplemente hacerlo vibrar de otra manera o con otro sentido, con otros acentos y desacentos. No quiero entrar en las complejas tramas de la historiografía, no tengo pretensiones de historiador, apenas la de recrear una vida por la fuerza y la inspiración que esa vida nos podría traer en estos días a estas tierras para pensar un espacio en la trama de relaciones entre educación, vida y filosofía. Espero, simplemente, estar a la altura del personaje al hacer esta biografía filosófico-educacional, para llamarla de alguna manera.

Estamos en un tiempo en que la escritura parece haberse distanciado de la vida. Al menos en ese mundo académico que habitamos y que aparenta haber construido un mundo propio, con sus propias reglas, su propia vida, a veces ensombrecida, apagada, esquiva, de espaldas al mundo de la vida. En el medio de ese mundo vivimos. Enmarañados en él. Mucho se escribe allí. Se escribe sobre muchas vidas. ¿Qué tanta vida puebla esos escritos? ¿Qué tipo de vida? ¿De qué manera esas escrituras afirman o niegan la vida que las atraviesa? No quiero ser demasiado pretencioso, respondiendo mis propias preguntas. En todo caso, esta escritura habita ese mundo académico y lo hace, apoyado en la vida educadora y filosófica de Simón Rodríguez, apostando a la vida que también allí circula. A la que puede circular. A quienes andan afirmando y buscando vida entre tantos papeles y, ahora, archivos de texto. Atentos al juego de la escritura académica, tratamos de practicarlo con cierta libertad, valiéndonos de él en la medida en que nos

ayuda mucho más a pensar el valor educacional de una vida que a constatar la verdad pedagógica escrita por esa vida. Y a recrear la vida, allí donde ella se encuentre.

Siempre es posible encontrar en la obra de un autor una idea que da vida a esa obra. Lo mismo vale para una vida. Eso es lo que hacemos con Simón Rodríguez: sacar provecho de una idea que vemos con cierta nitidez en su obra y en su vida, a través de algunos motivos que la distinguen, que la muestran más específicamente, que la destacan en su originalidad, singularidad y potencia. No se trata de marcas naturales o esenciales que están allí esperando para ser descubiertas o develadas. Tampoco son puntos fijos que algunos buenos lectores consiguen manifestar y otros no. Son composiciones entre la escritura y la lectura, puntos móviles combinados a los intereses de una lectura y una escritura que, sin herir las apuestas y sentidos originales, los hacen jugar productivamente en un nuevo campo de sentido dónde se los quiere hacer valer. Eso quieren decir básicamente leer y escribir: elegir algunas notas distintivas y hacerlas vibrar hasta que casi no parezcan las mismas y sin embargo no se pueda decir que no lo son.

Este género de escritura es entonces dialógico en ese preciso sentido: resulta de dos pensamientos puestos en común. Que uno parezca más pasivo por su propio carácter de establecido y otro más activo por su papel de despertar en aquél lo que está siendo pensado, es sólo una apariencia. Los pensamientos se imbrican, se contagian, se infectan, uno y otro salen diferentes del encuentro, de otra manera, sin poder ya pensar lo que antes de la experiencia de encuentro pensaban o, al menos, sin poder hacerlo de la manera en que lo hacían. Así se va generando pensamiento: en ese diálogo inconcluso e infinito, ejercicio constante de lectura y escritura que descortina al pensamiento nuevos caminos para habitar.

En este caso, leo la vida de don Simón Rodríguez a partir de una idea[2] principal y unos cuantos motivos que juzgo potentes para pensar, a través de esa idea, lo que me interesa pensar. Repito. Ni la idea principal que da vida a esta escritura ni los tópicos en los que ella se despliega son las únicas cuestiones relevantes, ni las más importantes, esenciales, o verdaderas. No tengo esa pretensión. Sé que habría muchas otras ideas igualmente interesantes en otros juegos de escritura y de lectura. Las ha habido y las habrá. Quizá en nosotros mismos. He elegido la que presentaré a continuación porque me parece leal a un estilo de pensamiento y de vida y, al mismo tiempo, potente para proyectarlo en muchas otras formas. Porque me ayuda a pensar lo que me interesa pensar en este momento, en esta tierra. Lo repito: no hay en este ejercicio de escritura la pretensión de alcanzar la interpretación más verdadera sino de provocar sentidos y éstos son medidos en cada lectura, en lo que esta escritura es capaz de provocar en sus lectores. A eso apuesto al escribir.

Antes, un par de aclaraciones más. Rodríguez ensayó toda su vida. Fue maestro desde muy joven y también muy joven fue un político de la educación, hizo política enseñando y pensando la escuela. Fue también un filósofo, con la amplitud que ese término significa. Fue un lector y un viajero empedernidos y sus posturas fueron cambiando a partir de esas lecturas y esos viajes, de ese conocimiento del pueblo que unas y otros le fueron propiciando. Evidentemente, el primer Rodríguez, el de Caracas, el de las *Reflexiones* de 1794 está muy distante del Rodríguez que vuelve a América para hacer la revolución educativa. Podríamos decir, un poco esquemáticamente y nada más que para intentar dejar las cosas algo más claras, que hay al menos tres Rodríguez,

2. Desde una perspectiva filosófica precisa de "idea", en la línea del francés A. Badiou, M, Durán (2012) ofrece una lectura muy potente de S. Rodríguez.

cada uno ocupando algo así como un tercio de su vida: el que nace y vive en Caracas, el que anda viajando por América Central, Estados Unidos y Europa y el que vuelve a América a completar la revolución iniciada por Bolívar. Aun cuando hablemos de Rodríguez en singular o usemos pretenciosos adverbios temporales, es sobre todo de un Rodríguez que estamos hablando, ese que recorre la América andina desde su retorno hasta su muerte, por algo más de treinta años. Del que anda por Europa poco y nada conservamos como testimonio. Del primero, no nos entusiasma tanto lo poco que conservamos.

Para ello, en el capítulo 1: "La historia de Thomas", he partido de una historia tomada de la biografía de Simón Rodríguez que tiene un peso simbólico muy importante en la lectura que estoy proponiendo. Es un episodio menor, pequeño, como el niño que la provoca, pero que también tiene el efecto de una experiencia filosófico-pedagógica con todas las letras. Esto es, una vivencia que hace cambiar la manera de ver el mundo, que genera un cambio de ritmo, de camino, de paisaje. Una experiencia de vida que impide seguir pensando como se pensaba, vivir como se vivía. Una vida se encuentra con otra vida y la llama a recrearse, reinventarse. Parto entonces de esa anécdota que trae decisivamente al pequeño Thomas a la vida de Simón Rodríguez y que pasará a alimentar una idea principal que, en otro tiempo, recorrerá la América, junto con don Simón, en su vida de viajes.

En lo que sigue de esta presentación explicitaré esa idea principal surgida de aquella anécdota inicial, que será descripta en un capítulo inicial. En los capítulos siguientes desplegaremos esa anécdota inicial y cada uno de los motivos a que dio lugar. De modo sucinto, la idea es que el sentido principal de la tarea docente, de una vida docente, de una vida dedicada a la educación, es hacer escuela. La afirmación puede parecer un poco banal o esdrújula en este momento

en que uno de los principales problemas de la educación en América Latina ya no es tanto la falta de edificios escolares sino lo que se hace en ellos, en otras palabras, para qué se va a la escuela. En este sentido, una primera lectura de nuestra presunción la consideraría banal porque sería evidente que en época de Rodríguez de lo que se trataba era justamente de construir los edificios escolares que no existían.

Con todo, es justamente de eso que no se trata cuando decimos que la singularidad de Rodríguez está en su llamado a hacer escuela y en el modo en que practica ese llamado. Por lo menos no es eso en su sentido más potente. Claro que en cierto modo no deja de ser significativo que Rodríguez también haya hecho escuelas en su sentido más literal, el de construir edificios y salones de clase. Pero lo que queremos pensar al afirmar el "hacer escuela" como el sentido principal de la vida de Simón Rodríguez y como tarea de cualquier docente, aun –o sobre todo– de aquellos que entran a una escuela ya hecha, ya definida hasta en sus más mínimos detalles, es la necesidad de generar, crear o inventar algo que no necesariamente está dado por el hecho de existir una institución escolar. Queremos decir que Simón Rodríguez ayuda a pensar la necesidad de que cada maestro haga escuela al entrar a la escuela, de darle a la escuela algo así como su condición, su carácter más propio, algo que no está dado sino que es instaurado en la vida escolar, en la educación hecha vida. La idea que aprendemos de don Simón en la América Colonial del siglo XIX, vigente también en la América Latina en movimiento del siglo XXI es que de lo que se trata, cuando se vive en, de y para la educación, es de hacer escuela en las escuelas. Ya daremos, en cada uno de esos capítulos, más precisiones sobre lo que significa hacer escuela para ese hombre.

De modo que vamos a estudiar de qué manera Simón Rodríguez "hace escuela", qué escuela hace y para qué, pen-

sando que ese modo de hacer escuela puede ser tremendamente inspirador para los que estamos queriendo hacer escuela en estos tiempos, en los espacios que habitamos. Los modos que hemos elegido para especificar ese "hacer escuela", que consideramos más singulares de la creación de Rodríguez, son los que dan título a cada uno de los capítulos que siguen a la presentación: "La historia de Thomas"; "Viajar y formar(se): la errancia"; "Ensayar la escuela"; "Inventar la educación popular"; "La antiescuela: iconoclasia e irreverencia". El epílogo, "Hacer escuela, vida y política con Don Simón", estudia el significado de ese "hacer escuela" y explora sus sentidos.

Se trata simplemente de distinguir y darle alguna disposición a lo que de todas maneras está muy relacionado y conexo. Esa división es sólo un intento de organizar lo que podría presentarse de muchas otras maneras. De modo que los capítulos se imbrican, invaden y superponen. Enhorabuena. Todo sea para hacer escuela *à la Simón Rodríguez*. Como ahora, con palabras extranjeras. En la lectura, en la escritura, en el pensamiento y en la vida. Quién sabe, el lector hará su propia escuela con las palabras que aquí encuentre.

Los caminos de Simón